



AÑO II

← BARCELONA 28 DE MAYO DE 1883 →

NÚM. 74



LA MODA, cabeza de estudio por J. Raffe

SUMARIO

PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS.—LA BELLEZA, por don Fernando Araujo.—EL PERRO Y EL CABALLO DE KOSCIUSKO, por don Cecilio Navarro.—EL CAÑON Y EL LIBRO, por don Mariano Prestamero.

GRABADOS.—LA MODA, cabeza de estudio por J. Raffel.—EL MOLINO DEL TORRENTE, paisaje por R. Puttner.—LA FAVORITA, cuadro por F. Masriera.—FERNANDA TEDESCA, distinguida concertista de violín.—LA PROMETIDA, dibujo a la pluma por A. Casanova.—REPARTO DE PAN EN UN CONVENTO, cuadro por H. Burckardt.—Lámina suelta: EL BARRIO DEL BAZAR EN BUDA-PESTH, dibujo por A. Krunstein.

PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO

El Salon.—Pintura patriótica.—Pintura pseudo-religiosa.—Estrenos dramáticos.—Venta de dibujos de Bertall.—Inauguración de la estatua de E. Quinet.—Apertura de nuevas exposiciones.

El asunto de todas las conversaciones es la apertura del Salon. El Jurado de admisión ha sido rigurosísimo, ó mejor dicho, arbitrario, pues ha rechazado millares de cuadros, algunos de ellos notabilísimos y de artistas muy distinguidos.

En el fondo todo ha sido como aquí se dice, *question de boutique*, ó en otros términos, la lucha por la vida ha hecho que la Junta de artistas franceses fuera rigurosísima con los extranjeros y las firmas desconocidas. La razón es natural. Paris ántes de la quiebra del año pasado compraba muchos cuadros. Luégo el Norte América era un mercado excelente que pagaba á altos precios los cuadros procedentes de Paris. Este año Paris sin negocios compra poco, y el gobierno norte-americano ha gravado con una contribucion enorme los cuadros de Francia á fin de proteger el arte nacional. Resultado: que la venta ha quedado muy reducida. Los artistas monopolizadores del Salon, para evitar la competencia han eliminado en masa, sobre todo á los extranjeros. Esto ha dado lugar á cierto clamoreo que producirá sus consecuencias, como las produjo análoga eliminacion en el año pasado, dando lugar á la formacion de la *société de artistes libres*.

El aspecto general del salon es mediocre. Sobresalen algunas obras de gran mérito. Hay muchos cuadros muy bien dibujados. Algunos notables por la entonacion de sus medias tintas.

Verdaderamente coloristas, poquísimos. Esa fuerza y vigor de colorido de nuestros pintores españoles, falta casi por completo en el Salon.

Asuntos, los de siempre. Salvo honrosas excepciones, estancias domésticas como para demostrar que se sabe reproducir muebles, telas y *bibelots*. Mujeres desnudas, es decir, exuberancia de carnes; y la eterna Revolucion Francesa, con sus infinitas escenas de todos géneros.

Hay cuadros notabilísimos que no pudimos apreciar por su detestable colocacion. En cambio hay pinturas verdaderamente criminales que ocupan los mejores puestos.

Dejando aparte la multitud de obras medianas y desprovistas de verdaderas cualidades, nos fijaremos únicamente en las de verdadero mérito, procurando hacer resaltar sus bellezas y sus defectos.

En cuanto se sube por la gran escalera que se halla á la derecha de la entrada del Palacio de la Industria, lo primero que llama la atencion es un cuadro de proporciones colosales que representa *El príncipe Luis de Prusia, muerto por un sargento del 10.º de húsares el día ántes de la batalla de Jena*. Es debido al pincel de Castellani, el pintor de panoramas, y el episodio, digno de figurar en una tela destinada á esta clase de espectáculos. A lo más puede pasar como pintura oficial, destinada á decorar una de las salas del ministerio de la Guerra.

Sigue á este, entre una infinidad de cuadros que pasan desapercibidos por su insignificancia, el que representa *La muerte de José Baró*, obra del discípulo de Cabanel J. J. Weerts. Baró era un voluntario de 13 años, que marchó con los húsares de la primera República contra los realistas de la Vendée. Cogido por éstos, despues de haber realizado mil proezas, le intimaron que gritara *¡viva el Rey!* y él respondió con el grito de *¡viva la República!* cayendo acribillado á bayonetazos y á cuchilladas. El cuadro tiene cualidades recomendables de composicion y colorido.

Y siguen los cuadros de batallas, y en especial los de la Revolucion Francesa. *Carnot en la batalla de Wattignies* avanzando con Duhesnoy al frente de una columna de soldados de la Convencion, para atacar á los austriacos; tal es el asunto del cuadro de Moreau de Tours. Está pintado con cierta energia; hay en él sentimiento del asunto; las figuras parecen moverse, pero el color es demasiado uniforme, y las caras de aquellos granaderos se parecen de tal manera unas á otras que cualquiera diria que todos son gemelos. En este defecto en que ha incurrido Moreau de Tours, incurrió tambien el célebre Messonier en su *Carga de caballería*; tomó por tipo un soldado normando y lo repitió. Moreau ha preferido un provenzal de rostro pálido y ojos negros.

Por un momento cesan las escenas de la guerra para continuar en otras salas, y vienen, rodeados de paisajes, bodegones, retratos, etc., algunos cuadros de asunto nacional, entre los cuales podemos citar por lo notable *La muerte de madama Roland*, presentada por Lyonel Royer en el mismo momento en que el verdugo empieza á atarla. En torno del cadalso se divisa el populacho, cuya vista hizo exclamar á esta gran revolucionaria aquellas sublimes palabras *¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu*

nombre! La actitud de la víctima es digna. En general el cuadro demuestra el gran talento de su autor.

Gaston Melin nos presenta á *Rouget de l'Isle, componiendo la Marsellesa*. La actitud del compositor es declamatoria, el color amanerado, y en general inferior á otros cuadros de idéntico asunto.

Y basta de Revolucion francesa, y de *chauvinisme*, como dicen los franceses, y veamos los cuadros del género religioso. Aunque más que tal, sea mitológico, figura entre ellos el *Prometeo amarrado á la roca*, cuadro de efecto dramático, pero que peca algo de cartelón. Su autor, Pedro Lira, es un pintor chileno que promete: tiene el personaje del cuadro que nos ha presentado, condiciones de estudio del natural, pero no es de ninguna manera el héroe tan valientemente descrito por Esquilo en su tragedia, echándose de ménos en él aquella altivez del Titan revelado en contra del Olimpo.

Sigue á éste el Cristo de Morot, que está, sin disputa, admirablemente pintado. Tiene una pureza de contornos extrema; es un estudio de modelado que raya en lo sublime, pero aquella imagen no es la de Jesucristo. Luégo la disposicion del cuerpo, los brazos atados con cuerdas, y no clavados, el I. N. R. I., puesto en la parte inferior de la cruz, debajo de los piés de Jesus; todo conspira contra la representacion del Dios hijo. En resumen: es un cuadro de academia, de gran vigor, de colorido soberbio, pero no el personaje divino descrito en los evangelios.

Sigue á éste un *San Jerónimo* de Ph. Ernest Zacarie, que tiene mucha fuerza de entonacion como color y como sentimiento, está inspirado en los de nuestro inmortal Ribera.

Un cuadro notable, más que todo por sus dimensiones, es el titulado *Los suplicios del Gólgota*, debido al pincel de J. Brunet. Tres cruces se ven sobre la meseta de un monte; en dos de ellas están los cuerpos yertos de los dos ladrones; de la cruz central falta el cuerpo del Mesías. Empieza la caída de la tarde y la luna asoma por detrás de unas montañas. Sin que el cuadro esté mal pintado ni mal compuesto, le falta color local.

La llegada de los Pastores á Belén, es un nacimiento pintado por H. La Rolle con cierta entonacion de dibujo, bien compuesto, pero monótono y un tanto áspero de color; aunque ha rodeado del resplandor divino al niño Jesus y á la Virgen, todos los personajes todos los detalles del establo se resienten de ese naturalismo moderno, que es excelente para escenas de la vida real, pero que no se aviene con la tradicion religiosa. No hay más; ó se cree en lo sobrenatural del asunto, ó no se hace pintura religiosa; y La Rolle deja ver á través de sus pinceladas cierto espíritu de indiferencia religiosa cuando ménos. Del mismo género que este es el cuadro titulado: *El Cristo y la Samaritana* de Pierre Lagarde.

Es un cuadro realista, bien pintado y bien dibujado, pero que no está ni sentido, ni pensado, pues aquel Cristo de cabellos rojos podrá ser un breton ó un normando, pero nunca un galileo, y aquella Samaritana nació de seguro en Batignoles. Además el lugar de la escena puede pertenecer á la *Auvernia*, ó si se quiere al Hérault, pero en manera alguna á la Palestina.

Otro de los cuadros del género religioso es el *San Julian hospitalario*, de Armando Edmond Jean. Es un cuadro inspirado en la novelita de Flaubert que lleva el mismo título. Aquí la cosa ya varía. Un santo en cuanto se le considere como personaje histórico admite ya mayor realismo en su ejecucion; el San Julian en cuestion, es verdaderamente el anacoreta que fué mendigando por el mundo cubierto tan sólo con un trozo de estera de palma, sufriendo el hambre, la sed, y la miseria, bajo todas sus formas. La figura del santo anacoreta bebiendo en un jarro de arcilla, el niño pobre que lo contempla y el misero perro que le sigue están pintados con un vigor y un ajuste que indican ciertamente, un gran talento. El colorido es firme, el dibujo correcto, aquel país árido está en carácter; pero... para ser San Julian sobra tanto realismo, y para Julian el hospitalario, sobra el nimbo dorado en la cabeza.

Toda esa llamada pintura religiosa del Salon, excepto algun cuadro meramente decorativo, nos ha producido el efecto completamente contrario, es decir, de pintura anti-religiosa por completo.

Por fin, el cuadro *Judith* de Cazin, es otro de los que de este género en el Salon existen. Pero éste ha llevado al colmo ya el prescindir de toda inspiracion del asunto. En su cuadro ni hay sentimiento bíblico ni, lo que es más, color local ni propiedad de época.

Y basta de Salon por hoy; continuaremos en la próxima revista.

* *

En el Teatro Francés acaba de ponerse en escena *Les demoiselles de Saint Cyr*, antigua comedia de A. Dumas, que hacia tiempo no se representaba. *Un pari dangereux* se titula la comedieta en un acto de Alfonso L'aigle, estrenada con éxito en el Odeon, y *Le nouveau régime*, es otra comedia en un acto de Meilhac y Prevel estrenada en el *Gymnase*.

* *

Se ha empezado una venta de dibujos de Bertall á beneficio de la viuda del ilustre dibujante.

Se ha inaugurado una estatua de Edgard Quinet en Bourg (Ain). Es una obra que honra al escultor Aimé Millet.

Dos grandes acontecimientos artísticos son las dos inauguraciones recientes de la *Exposicion de artistas libre* de la Rue de Seze; y la de *Retratos célebres de este siglo* en la Escuela de bellas artes.

Enteraremos de ellas á nuestros lectores.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

LA MODA, cabeza de estudio por J. Raffel

La moda es tan despótica, ó mejor dicho, las damas se someten tan sumisas á su imperio, que á trueque de seguirla, no vacilan en ponerse prendas y adornos tan reñidos con el buen gusto como con la sencillez, que es la verdadera elegancia. Dado el ridículo sombrero usado en el día y que ostenta la jóven de nuestro grabado, fuerza será confesar que si no menoscaba en gran parte su belleza, débese al experto lápiz de J. Raffel, quien á pesar de las condiciones anti-estéticas del modelo, ha sabido realzarlo con toques acertados y agradables efectos de claro-oscuro.

EL MOLINO DEL TORRENTE, paisaje por R. Puttner

Así titula el autor al punto de vista tomado en uno de las más pintorescos y escabrosos sitios de las montañas de la Suiza alemana, de ese país en el que la naturaleza ofrece tan sorprendentes contrastes á artistas y aficionados. Agrias cuestas, peñascos enormes, copudos árboles arraigados entre sus grietas, profundas grutas de las que brotan con estruendo caudalosas cascadas, rústicos conductos de madera para conducir las aguas al próximo molino, y por último el inevitable *touriste* con su traje especial, todo esto se halla armónicamente reunido en este cuadro, cuyo agreste conjunto cautiva agradablemente la vista.

LA FAVORITA, cuadro por F. Masriera

Si es la favorita del Gran Turco, hemos de confesar que el Gran Turco tiene buen gusto. El hecho es que la muchacha lo vale, y que por la riqueza de su traje y joyas debe ser la favorita de algun personaje principal.

Y sin embargo, la favorita no parece estar muy satisfecha de la suerte que le ha cabido. Su aspecto, su actitud, es la de una mujer resignada; pero de ningun modo la de una mujer contenta.

El favor, y mucho más en Turquía, y aún mucho más en el Serrallo de Constantinopla, es un accidente sin causa justificada, pero de consecuencias reconocidas. Por de pronto supone el simple capricho de un déspota, que se digna acariciar á una mujer como un baron de la Edad Media acariciaba al perro mejor cazador de su jauría.

El capricho es siempre transitorio. Un turco no toma siempre una misma turca. En esto hay muchos que se le parecen, sin ser turcos.

El paladar se estraga... Tal empezó por una turca de malvasía y al cabo de algun tiempo gracias que halle sabor en el aguardiente.

Nuestra favorita nos parece demasiado modesta, demasiado *espiritual* para un harém. Quizás dependa de un error de concepto tocante á los serrillos. Verdad es que solamente sabemos de ellos por algunos autores, tan enterados como nosotros mismos.

El favoritismo dura poco en el harém del Sultan. Hay un gran número de favoritas que fueron, las cuales proponen vengarse, afectando unos celos que no sienten, porque no puede haber celos donde no ha habido amor; y hay otro gran número de aspirantas á favoritas que conspiran unánimes contra el idolo del momento. A las primeras las auxilian los políticos pasados ó caidos; á las segundas los ambiciosos del porvenir.

Porque, aun cuando se diga que el harém es impenetrable, se hace en él más política que en el salon de conferencias de nuestro Congreso de diputados.

La política es el huracan que barrerá á nuestra favorita.

Cuando esto suceda, irá á aumentar el número de las intrigantas.

Es lástima...

La favorita de Masriera parece un vaso limpiísimo, destinado á contener esencias ménos corrompidas.

FERNANDA TEDESCA, distinguida concertista de violín

Esta notable artista, que hace algun tiempo está llamando la atencion y conquistando merecidos aplausos en varias capitales de Europa, nació en 1860 en Baltimore, y demostró desde sus primeros años una aficion irresistible á la música. Apénas contaba diez y siete cuando se trasladó á Europa, recibió sus primeras lecciones de Wilhemy, despues de Vieuxtemps en Paris, y por último se perfeccionó en el Conservatorio de Bruselas. Tedesca se distingue por el enérgico vigor con que maneja el arco, y por la facilidad de su ejecucion, que en ocasiones asombra, á causa de la limpieza y agilidad con que toca las piezas más difíciles sin carecer de gusto y sentimiento.

LA PROMETIDA

dibujo á la pluma por A. Casanova

Preciosísima composicion, sobria en detalles, pero de armonioso conjunto, en la que se revela la mano maestra

de nuestro distinguido compatriota. Su dibujo correcto, la naturalidad de las tres figuras que constituyen el sencillo asunto elegido, el acierto con que están tratadas las telas que forman los trajes de aquellas, en las que sin necesidad, de colorido se distingue perfectamente la seda del terciopelo y del simple lienzo, la decorosa expresión de los amantes, propia de las respetuosas costumbres domésticas de principios del siglo; el sencillo menaje de la habitación, todo en fin demuestra en este dibujo que el Sr. Casanova es un artista de valer que conoce a fondo las épocas y los tipos y que con corazón se disputan a porfía los más acreditados periódicos ilustrados de Europa sus composiciones para darlas un lugar preferente en ellos.

REPARTO DE PAN EN UN CONVENTO, cuadro por H. Burckardt

Hubo un tiempo en que el convento gobernaba la tierra y casi disponía del cielo. Entonces todas las bendiciones eran para el convento.

Por contra han venido unos tiempos en que todo lo malo es atribuido a los conventos: cualquiera diría que un religioso es un apestado.

¿Cuál de los dos fanatismos es más injustificado? ¿A qué extremo propende el autor de nuestro cuadro? Parecemos que, sin exagerar sus ideas, no es del todo contrario a las instituciones monacales.

Por de pronto, su hermoso lienzo representa un asunto triste, pero simpático. El ejercicio de la caridad siempre será una virtud práctica con la cual simpatizarán todos los corazones sencillos.

Los enemigos de las órdenes religiosas objetarán que es preferible que no haya pobres, en cual caso no tendrá que remediarse su miseria.

Esta idea vale tanto como la siguiente:

Sería mejor la supresión de los asesinos a la necesidad de ahorcarlos.

No estamos llamados a resolver el problema.

Pero a la vista de ese viejo decrepito a quien presta apoyo un niño que lo necesita para sí; a la vista de esa pobre viuda en cuyo nombre tienden la mano dos angelitos; a la vista de esa anciana, medio envuelta en la sombra, cuyos desfallecidos brazos sostienen una criatura que en mala hora vino al mundo; nos place, nos consuela, la idea de que al menos no faltará a tantos infelices un pedazo de pan con que acallar las exigencias del hambre.

Hoy no se reparte sopa a las puertas del convento; se reparte trabajo a la puerta de los talleres.

Indudablemente es un paso hacia lo que debe ser.

Sin embargo, ¿llevaremos nuestra obcecación hasta pretender que lo que se hace hoy, pudo haberse hecho en siglos anteriores?

Dios envía al pajarito, en los pliegues del huracán, el grano de mijo que ha de alimentarle.

De cualquiera manera que se haga la caridad ¡bien haya ella!

EL BARRIO DEL BAZAR EN BUDA-PESTH, dibujo por A. Krunstein

En la populosa capital de Hungría, que de algún tiempo a esta parte va adquiriendo creciente desarrollo, hállase situado el *barrio del Castillo*, hoy llamado también del *Bazar*, a causa del suntuoso edificio de este nombre recién construido en él. Este consiste, según puede verse en la lámina, en dos casas con habitaciones particulares entre las cuales se extiende el Bazar, dividido en dos partes, y con su correspondiente café y jardín en la parte posterior y falda de la montaña. El estilo de dicho edificio es el del Renacimiento; las obras han durado cuatro años y han costado 2.667,500 pesetas. Este soberbio edificio, el magnífico palacio-castillo que lo domina, la ancha y populosa calle en que está situado, y las elegantes construcciones que se extienden a ambos lados, hacen del barrio del Bazar uno de los sitios más notables de cuantos puede visitar el viajero en Buda-Pesth.

LA BELLEZA

Yo soy sumamente aficionado a hacer preguntas; el día en que llegue a sentarme en los escaños del Congreso o del Senado, sumándome entre los benditos padres de la patria, ya pueden los señores del banco azul tentarse las pantorrillas, porque les voy a poner en cada aprieto que los Salamancas y Vivares a mi lado, ponga por preguntón, se les han de antojar discretísimos y calladísimos sujetos, y varones sin pizca de curiosidad ni cucharonería.

Es verdad que hasta ahora, puedo jurarlo, no he atormentado con mis preguntas más que a mis libros y a mi barbero. Mi barbero, apenas abre la puerta de mi habitación para advertirme que le tengo a mis órdenes, ya tiene la granizada encima:—¿Qué se cuenta de nuevo? ¿Qué se dice por ahí? ¿Qué hay por la ciudad? ¿Cuántas casas más han derribado? ¿Qué tal tiempo hace? ¿Ha ocurrido alguna otra desgracia? ¿Van a bajar el pan? ¿Subirán más la carne?—A todo lo cual mi rapabarbas, que es un alma de Dios y un benditote, me contesta invariablemente:—¡Nada!... ¡No sé nada!...—Pero, hombre,—le digo yo—tú nunca sabes nada; tú no te ocupas más que en afeitarte y cortar el pelo, y en

poner un golpe de sanguijuelas cuando hace falta o arrancar una muela si es necesario; tú estás en babbia siempre; tú eres un barbero incompleto. ¿En qué piensas? ¿Qué haces? Con que, no contento con no saber tocar la guitarra, ni cantar una malagueña ¿no sirves siquiera de gaceta ambulante, ni entiendes de noticias, ni sabes menear la sin hueso para entretener a tus parroquianos?... ¡Pues aviado estás! ¡No seré yo quien te arriende la ganancia, callantron, Fígaro degenerado!...

No me pasa eso con mis libros. Es verdad que al principio andaban algo rehacios en eso de contestar a las preguntas que mi insaciable y tornadiza curiosidad les hacía; pero yo les zarandeaba de lo lindo, y vuelta por aquí, vuelta por allí, meneo por este lado, zurra por el otro, no tenían más remedio que rendirse con armas y bagajes confesando de plano su ignorancia, o contestando con lo poco o mucho que sabían. ¡Cómo me gusta a mí esto! Tan cojidas les tengo ya las vueltas que no les sirve querer escurrir el bulto; a las primeras de cambio se entregan a discreción, y es tal la convicción que han adquirido con mi trato de que tal proceder es el único que les vale para que les deje en paz, que no faltan ocasiones en que parecen adivinar mi pensamiento anticipándose, con sus respuestas, a mis preguntas. ¡Excelentes, excelentísimos sujetos y serviciales amigos!... ¡Lástima que no pueda vestiros a todos con ricos trajes dignos de vuestros méritos y servicios, alojándoos en lujosos aposentos, donde pudiérais descansar como príncipes en los ratos de ocio que os concedo! Ya sabéis que no es culpa mía, sino de la pícará fortuna que no siempre protege como debiera, a los que se empeñan en aconsejarla con buen fin! Para el día en que se vuelvan las tornas, yo os prometo solemnemente un traje nuevo de percalina o de piel y un amplio y elegante alojamiento donde podáis estar a vuestras anchas sin armar camorras por si me oprimes tú o por si te aplasto yo. ¡Palabra de honor! Os debo los más felices ratos de mi vida y nada más justo que os muestre mi agradecimiento.

No crean Vds. señores lectores míos, por estos piropos que a mis libros echo, que todo es deleite y bienandanza en la viña de mis consultas é interrogatorios; ocasiones hay en que las preguntitas mías y las contestaciones tuyas arman tal marejada, y me levantan tales dolores de cabeza, y me cuestan tales desazones, y me ponen tan a rabiar que en mi pellejo quisiera yo ver al más pintado ministro de la Gobernación en días de elecciones cuando el tiro le sale por la culata. Pues ¿y cuando el uno dice una cosa y el otro, poniéndose hecho un gallo, contesta con la contraria, y el uno dice que por aquí y el otro que por allí, y los compañeros de uno y otro vociferan, y se arma una marimorena y un zipizape, y un guirigay de mil demonios por si digiste o no digiste? No se figuren Vds. que de estos lances caen pocos en libra o que sólo ocurren de guindas a castañas.... ¡Ya, ya! Es cuestión de todos los días o poco menos. ¡Y gracias si las cosas paran en esto y no se tiran los trastos a la cabeza insultándose como desvergonzadas verduleras, y trayéndome y llevándome como un zarandillo con sus dimes y diretes hasta que, amoscado o rendido, les cierro violentamente la boca condenándoles al silencio mientras yo me largo más que a paso para dejar en el campo o en la calle la olla de grillos que han metido en mi cabeza con sus vociferaciones! Digan Vds. que yo me hago cargo de la situación, y comprendo que los infelices hartos hacen con darme su opinión esforzándose por inclinarme a ella con el mejor y más laudable fin del mundo; que si no fuera por esto había para darse a todos los diablos, y renegar de todos los libros habidos y por haber, y hacer con ellos un auto de fe para ahorrarse quebraderos de cabeza.... Pero ¿qué culpa tienen los infelices? Dicen lo que saben, creen en lo que dicen, y no es extraño que combatan por lo que estiman como verdad defendiéndose, como Dios les da a entender, de los ataques de sus adversarios.

Permítanme Vds. contarles un caso de esta naturaleza que me ocurrió no hace muchos días. Iba yo cierta mañana por el paseo de la Glorieta contemplando las menudísimas hojas de los árboles, que ya empezaban a reverdecir a impulso de las brisas primaverales, cuando héte aquí que de pronto cruza a mi lado una mujer.... ¡Qué mujer, santo cielo!... ¡Una sílfide, un ángel, una Diosa! ¿Me entretendré en describirla? No hace falta; recreen Vds. los ojos en una de esas preciosísimas creaciones de Llovera que esmaltan las páginas de LA ILUSTRACION ARTISTICA regocijando el ánimo; arranquen Vds. del papel uno de esos divinos tipos, hagan Vds. fulgurar aquellos ojos, palpar aquel seno, mover aquellos labios y ondular aquel talle; agranden Vds. aquel cuerpo hasta darle las proporciones de una matrona romana, rellénelo después Vds. de sonro-

sada y palpitante carne, y ahí tienen Vds. la mujer que pasó a mi lado de la Glorieta, dejando en pos de sí una estela de voluptuosidad y de perfumes mientras yo me quedaba, al mirarla, embelesado, estático, con la boca abierta.

No la volví a encontrar; retireme a mi casa y entré en ella sin que el recuerdo de la hermosa me abandonara un punto.—¡Qué bellísima mujer!...—decía para mí.—¡Qué bellísima!... ¡Qué bellísima!...

Yo no sé cuántas veces repetí la palabra *bellísima*, queriendo sin duda con tantas repeticiones, al estilo hebraico, sublimar la significación del calificativo; lo que sí sé es que a fuerza de decir ¡Qué bellísima! se me olvidó la mujer y me quedé en los oídos el retintín esdrújulo del superlativo.

—¡Bellísima! ¡Bellísima!...—seguía diciendo maquinalmente.—¿Y porqué?—me pregunté en un momento de reacción dando un salto en la silla y haciendo un esfuerzo con el pensamiento.—¿Porqué? ¿Qué es la belleza? También el Michis es bello—el Michis es mi gato; yo no sé porqué me acordé de él, pero es lo cierto que me acordé,—¡Bs, bs, bs!... ¡Michis... Michitis!... ¡Ven acá!

El gato vino haciendo de las suyas, es decir zalamerías y monerías zapironescas, en las que era peritísimo maestro y consumado doctor. No hay duda que el Michis es un hermoso, un magnífico ejemplar de la raza felina, tan bello, sin disputa, en su género, como la desconocida de la Glorieta en el suyo.

—¡Vamos a cuentas!—decía yo para mí mientras seguía con la mirada las graciosas curvas que el Michis trazaba en sus cabriolas.—¿Qué hay de común entre el gato y la hermosa? Ambos son bellos, cada cual en su orden, eso es innegable; y no lo son ellos solos, sino que también lo es la Catedral de Burgos y el Capitolio de Washington, como lo es el Quijote de Cervantes y las Odas de Quintana, y los dramas de Calderón, y los discursos de Castellar, y las leyendas de Zorrilla, y las melodías de Beethoven, y los cuadros de Pradilla, y la campaña de Pontevedra, y las escalas de Sarasate, y los jardines de Versailles, y el lago Lemán, y los caballos de Marly, y... ¡qué sé yo cuántas otras cosas! ¡Ate V. cabos!... ¡Sí, señor, ate V. los cabos de tantísimas cosas tan diferentes como un gato y una mujer, un caballo y un drama, un jardín y un trozo de música, una oda y un cuadro, y saque V. de todos ellos la sustancia común de la belleza, ese *quid divinum* que nos extasia y embelesa! ¡Vaya un lío!... ¡Vaya un galimatías! ¿Qué es la belleza?... ¡Me vuelvo loco y no lo entiendo! Voy a consultar con los caballeros autores de mis libros que se han estado de huelga toda la mañana; entre tantos no faltará alguno que me saque de este apuro. A ver, señores míos, háganme Vds. el favor, los que entiendan algo de ello, de explicarme sin embajes, rodeos ni circunlocuciones, lo que es esa quisicosa que se llama la belleza; los que lo sepan que alcen el dedo; los que no, estense quietecitos.

¡Santo Dios! ¡Qué gritería!... ¡Orden, señores, orden! Vayamos poco a poco, que yo no tengo prisa; no hay que atragantarse ni desgañitarse; a cada cual le tocará su turno; yo les agradezco en el alma el interés que por mí se toman queriéndome ilustrar con sus sabias observaciones, pero les ruego encarecidamente no me vuelvan tarumba con su interminable charla; vayamos por partes y ordenadamente como Dios manda. A ver, señor Platon, su voto en estas materias es de gran peso; V. tiene la palabra. ¿Qué es la belleza?

—¡La belleza!—exclamó Platon poniendo los ojos en blanco—la belleza es «el recuerdo de la esencia que vió el alma en otro tiempo cuando acompañaba a los dioses;» ó para hablar más claro, es «el esplendor de lo verdadero, el reflejo del ideal.»

—¡Cierto!—repuso Proclo.—Es «la centella de la hermosura de Dios que resplandece en el objeto bello.»

—¡Justamente!—apoyó Sanz del Río—«es bello lo que, en su límite y género es semejante a Dios, y refleja en sí, con carácter individual, la construcción del mundo en unidad, en oposición, en armonía.»

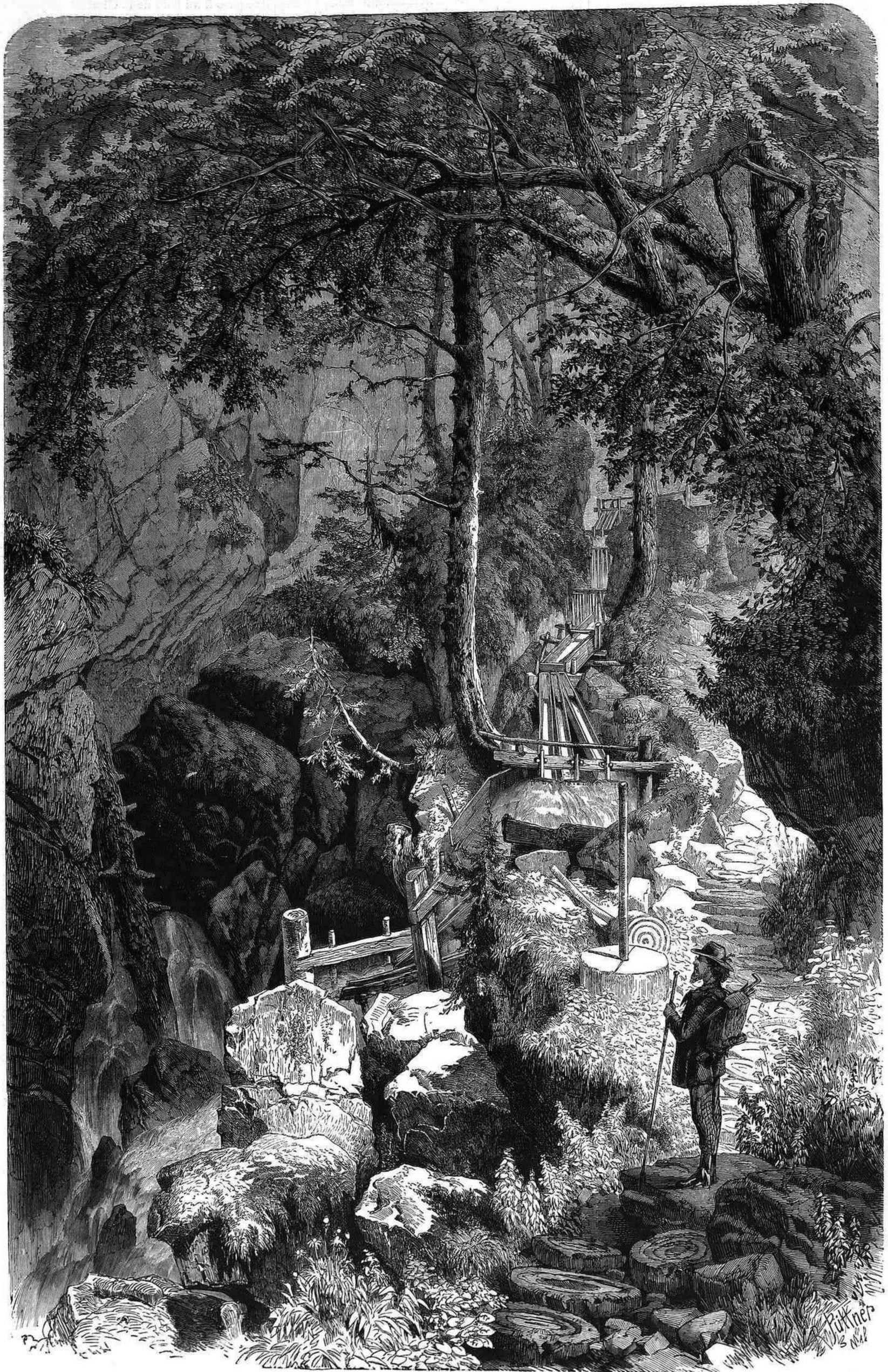
—«Es como el resplandor del rostro de Dios»—dijo Marsilio Ficino.

—O lo que es igual,—añadió Hegel—en términos menos poéticos y más filosóficos es «la manifestación sensible de la Idea.»

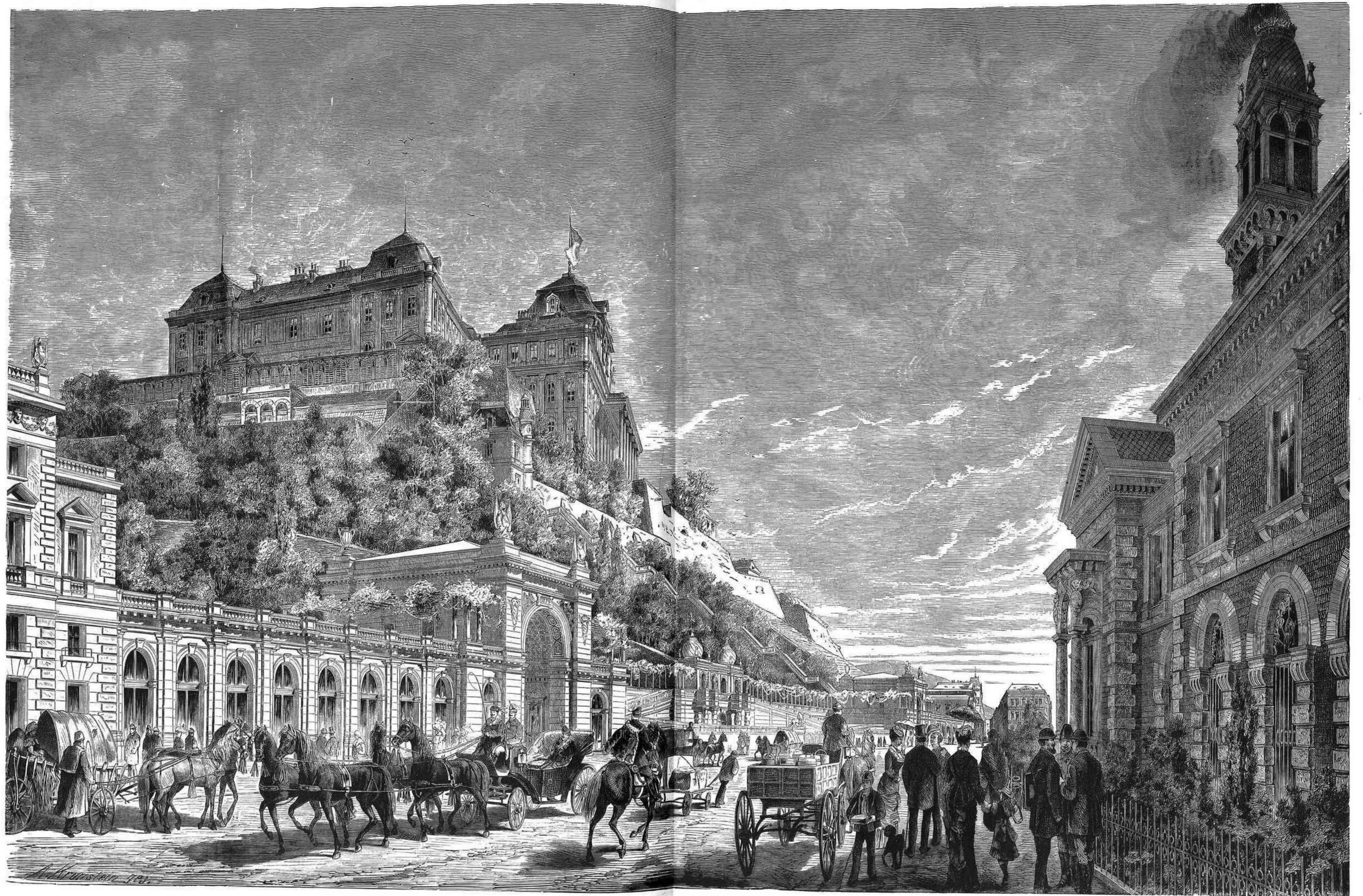
—Pues, señores míos,—les dije,—Vds. tendrán muchísima razón, pero se van Vds. tan por las nubes con sus sublimes comparaciones que les confieso francamente que, después de oírles, sé de la belleza lo que sabía antes: poco más que nada.

—Tiene V. razón que le sobra,—me contestó Aristóteles.—Lo bello en resumidas cuentas no es otra cosa, bien pensado, que «lo que siendo bueno es deleitoso, precisamente porque es bueno.»

—¡No!—objetó Lamennais,—sino «lo verdadero manifestado en sensible forma.»



EL MOLINO DEL TORRENTE, paisaje por R. Puttner



BARRIO DEL BAZAR EN BUDA-PESTH, DIBUJO POR A. KRONSTEIN



LA FAVORITA, cuadro por F. Masiera (grabado por M. Weber)

—¡Nada de sistemática terquedad!—replicó Cousin—hay una fórmula de conciliación que salva todas las dificultades: la belleza no es más que «la verdad y el bien manifestados bajo forma sensible.»

—No estoy por eso,—exclamó San Agustín.—La esencia de la belleza consiste en «la unidad.»

—¡Conformes!—gritó Crousaz.—Pero debe decirse que consiste en «la diversidad reducida á la unidad.»

—En términos más breves—añadió Mendelsson—es «la unidad en la variedad.»

—Si á la Unidad—indicó el P. Andrés—se agrega el orden y se dice que es bello «lo que tiene por fundamento el orden y por esencia la unidad» estoy conforme.

—*Pulchrum*,—interrumpió gravemente Santo Tomás,—*respicit viam cognoscitivam; pulchra enim dicuntur quæ risa placent.*

—¡Es verdad!—afirmó Montabert.—La belleza es «una cualidad que impresiona el órgano de la vista.»

—¡Cierto!—dijo el P. Taparelli.—Pero no basta decir que impresiona; hay que decir que «agrada á la vista.»

—¡Eso es!—apoyó el P. Cornoldi.—O lo que es lo mismo «lo que, conocido, agrada.»

—¡Justo!—añadió Monlau.—«La propiedad que tienen de agradarnos los objetos reales ó las creaciones de la imaginación,—¿digo algo?—luégo de percibidas ó conocidas.»

—Pero, señores,—dije sin poderme contener,—yo creo que al definir la belleza de ese modo abren ustedes demasiado la manga por un lado, y la cierran enteramente por otro.

—¡Es verdad!—exclamó Baumgarten.—Yo creo que la belleza es «la perfección sensible.»

—¡Muy bien!—afirmó Rafael Mengs.—La perfección figurada y visible de la materia.»

—¿Se me permite echar mi cuarto á espaldas?—preguntó Céspedes.—Pues oigan, que he de dar en verso mi opinión:

«No me atrevo á decir ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de continuo en un sujeto
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque las crea sin ningún defecto
(A todas en belleza preferidas)
Naturaleza: tú entresaca el modo
Y de partes diversas haz un todo.»

—Enrevesados y duros son los versos,—dije yo—y oscurillo es el concepto.

—Oscuro, sí, pero verdadero,—contestó Arteaga.—En prosa llana yo diría, traduciendo el pensamiento de Céspedes, que la belleza es «el arquetipo ó modelo mental de perfección que resulta en el espíritu del hombre después,—fijarse bien en esto,—después de haber comparado y reunido las bellezas de los individuos.»

—¡Hum!...—murmuré yo.—Al pronto parece, señor Arteaga que ha dado V. en el *quid*; pero si bien lo considero, creo que ese arquetipo que V. dice puede muy bien no hallarse muy distante del monstruo horaciano.

—¡No hay que darle vueltas!—exclamó Diderot sentenciosamente.—La belleza no es más que «lo que despierta en el alma la idea de relación.»

—¡Eso es!—añadió Senancour con calor.—«Lo que excita en nosotros la idea de relaciones dispuestas hácia un mismo fin, según conveniencias análogas á nuestra naturaleza. Si la cosa bien ordenada, análoga á nosotros, y en la que encontramos belleza nos parece superior ó igual á lo que contemos en nosotros, la llamamos bella; si nos parece inferior la llamamos linda; si las analogías con nosotros son relativas á cosas de poca importancia, pero que sirven directamente á nuestras costumbres y deseos presentes, la llamamos agradable; cuando sigue las conveniencias de nuestra alma, animando, extendiendo nuestro pensamiento, generalizando, exaltando nuestras afecciones, mostrándonos en las cosas exteriores analogías grandes ó nuevas, que dan inmensa, universal extensión, con fin común, á muchos seres, la llamamos sublime.»

—No es floja esa retahíla, señor mío,—repliqué yo.—Pero se me figura que es más la cantidad que la calidad, y que no ha de satisfacer á nadie, por más que ofrezca algunos puntos aceptables.

—Yo cortaré ese nudo,—exclamó Kant.—La belleza es «el objeto de una satisfacción despojada de todo interés;» ó de otro modo «lo que agrada universalmente sin concepto;» ó de otra manera «lo que se reconoce sin concepto como objeto de una satisfacción necesaria;» ó de otra forma «una variedad de representaciones parciales puestas libremente en juego y á la cual no puede encontrarse expresión que designe concepto determinado;» ó de otra suerte «la forma de la finalidad de un objeto mién-

tras es percibida sin representación de fin;» ó de otra...

—¡Alto, alto, Sr. D. Emmanuél!—interrumpí.—¿En qué quedamos?... Le confieso á V. francamente que con su galimatías especial me deja en ayunas; ya sé yo que es V. un sabio de primera; pero... ¡caramba!... eso de que, para sacarle el meollo á lo que dice tenga uno que tragarse enterito todo su sistema ó repararlo si lo ha olvidado, no me hace malísima la gracia, y mucho menos con el dolor de cabeza que, entre todos, me están Vds. levantando.

—¡Tiene V. muchísima razón!—apoyó Schelling. La belleza es «la representación de lo Infinito bajo una forma finita.»

—¡No!—gritó Gioberti.—Es «la unión individual de un tipo inteligible con un elemento fantástico realizada mediante la imaginación estética.»

—¡No es eso!—exclamó Goethe.—Es «la ley que, en su mayor libertad y en sus más esenciales condiciones, se traduce por un fenómeno.»

—Eso es muy vago,—contestó Pictet.—Es «la armonía de la idea y de la forma en la expresión sensible, por la forma, de la idea, sin que en ella haya ningún fin de utilidad.»

—O lo que es lo mismo,—añadió Tiberghien,—«la esencia plenamente desplegada en la unidad y la variedad de sus elementos.»

—¡Sí, sí!...—apoyó Nuszlein.—«La unidad y armonía indivisibles de lo sensual y lo inmaterial, de la forma y de la idea.»

—¡Eso es, eso es!—gritó Revilla.—«La armonía manifestada sensiblemente.»

—¡Cierto!—afirmó Campillo.—«La unidad y la variedad armónicamente combinadas.»

—O dicho de otro modo,—indicó Gomez Arias.—«La belleza consiste en la individuación animada del tipo intelectual, y debe definirse diciendo que es la unificación de lo múltiple vivificada y armónica.»

—Todo eso de la armonía,—repuso humorísticamente Burke—es música celestial y pamplinas terrenales; no se cansen Vds.; la belleza es «la cualidad ó cualidades de los cuerpos que hacen nacer el amor ó cualquiera otra pasión semejante.» Si no lo creen Vds. pregunténselo al primer enamorado que encuentren.

—Algo falta á ese concepto,—dijo Jouffroy con aire pensativo.—Yo diría mejor que la belleza es «aquello con que simpatizamos en la naturaleza humana, manifestada por los símbolos naturales que impresionan los sentidos.»

—Para decirlo más claro,—exclamó Nuñez Arenas,—es «aquello cuya contemplación produce en nosotros un movimiento gradual y apacible conforme con nuestras facultades, que principia por atraernos, nos hace luégo intimar con ello, y por último nos excita á reproducirlo ó crear otro análogo, pura y desinteresadamente.»

—¡Eche V. definición!—replicó socarronamente Gauckler.—¿Se mide eso por kilómetros? La belleza es, sencillamente, «la manifestación de la vida y de sus evoluciones por medio de la materia y sus atributos, la forma y el movimiento.»

—Dispénsenme Vds. señores,—interrumpió Voituron,—si les digo con franqueza que ninguno de Vds. sabe lo que se pesca y que están tocando todos el violon. Dan Vds. una en el clavo y ciento en la herradura; la belleza, y lo digo yo, que he hecho un estudio profundo de su noción, es «una cualidad ó propiedad del ser, en virtud de la cual todas las partes de que éste se compone están dispuestas con orden según la unidad determinada por su esencia, y que permite á la fuerza ó la vida de que está animado manifestarse fácilmente.»

—¡Basta, basta!...—grité desesperado cerrando la boca á Spencer, á Schopenhauer, á Hartmann, á Locke, á Bain, á Stuart Mill, á Taine, y á otra multitud de filósofos, críticos y artistas.—Me habeis trastornado completamente; no sé donde tengo la mano derecha; me volvéis loco, loco de remate... ¿Dónde está la belleza? ¿En qué consiste? Unos dicen que en la unidad, otro que en la variedad, otros que en la armonía; quiénes que en el orden, quiénes que en la relación, quiénes que en la vida; éstos que que en lo bueno, aquellos que en lo verdadero; los de aquí dicen que es cosa del entendimiento, los de allá que de la sensibilidad, y no faltará alguno que diga que lo es de la voluntad... ¡Qué confusión!... ¡Qué laberinto!... ¡Me arde la cabeza, y en ella bailan un can can disparatado é inverosímil la verdad y la vida, lo bueno y la unidad, la armonía y la esencia, la variedad y el orden, todos revueltos y en monton pateleteando como energúmenos... ¡Uff! ¡Qué guirigay!...

Salí á la calle atontado. Al revolver una esquina me dí de manos á boca con la mujer de la Glorieta, rebotando hermosura y perfumes, brillante, voluptuosa, embriagadora. Todos los fantasmas aposentados en mi imaginación huyeron súbitamente ante

aquella divina aparición como ahuyentados por irresistible conjuro. Vivísima luz iluminó mi espíritu; mi corazón dió un vuelco de placer, y mis labios murmuraron con adoración:—¡Qué bellísima mujer!... ¡Qué bellísima!...

FERNANDO ARAUJO

EL PERRO Y EL CABALLO DE KOSCIUSKO

I

Todos los animales, hasta los más fieros y estúpidos, son más ó menos educables, según el desarrollo de sus facultades instintivas. Hay presos que educan ratones, no teniendo á mano más nobles criaturas en quienes ejercitar su paciencia; Silvio Pellico, en sus prisiones, educaba arañas; los embaucadores callejeros educan pájaros para seducir al vulgo supersticioso; los domadores, tigres y panteras.

—Pero en esta sumisión de la rebeldía irracional á la inteligente voluntad del hombre, por más que entre todo el instinto, no entra inteligencia ninguna: los brutos, en general, ceden al temor ó á la necesidad y á veces al regalo. Y si no entra inteligencia pura, menos entrará cosa de moral.

Sin embargo, hay cierta categoría de animales, cuyo instinto se baña, digámoslo así, en estas fuentes, guiándose con cierta luz, que no es ya de instinto ciego, y ennobleciéndose con cierto sentido, si no moral, afectivo, que les da ya un carácter casi humano.

Sin hablar del mono domesticado, que cuando no es el niño, es el viejo de la casa, con todas sus travesuras y rarezas, con todos sus vicios y... ¡bamos á decir virtudes, ¿no hay algo de inteligencia y de piedad en los perros del monte de San Bernardo? ¿No habeis presenciado nunca el tierno y conmovedor ejemplo de un perro ordinario sirviendo de lazarillo á un mendigo ciego? Si no hay en ciertos animales más que instinto bruto, ajeno á toda facultad inteligente y sensible, ¿por qué marcha el caballo al compás de la música? ¿cómo ejercen en él tal influencia los tonos que lo hacen capaz del entusiasmo bélico, que es una pasión heroica?

El perro y el caballo son los amigos más fieles del hombre. Del perro ha dicho alguien, con tanto chiste como hiel, que es lo mejor que el hombre tiene. Del caballo, del perro y del hombre se ha dicho también que nunca se cansan de estar juntos.

También es el gato amigo del hombre; pero lo es más de la mujer, especialmente si es cocinera. No deja de ser inteligente, ó astuto, á lo menos, como el zorro; pero no tiene una buena cualidad: es infiel, desleal, ingrato, goloso, rapaz, reincidente, incorregible, verdaderamente inmoral, es amigo del hombre, ó de la mujer, porque es, ante todo y sobre todo, hipócrita.

Pero hablábamos del perro y del caballo de Kosciusko.

II

Kosciusko, el ilustre y célebre polaco, era un gran general: hizo sus primeras armas en América á las órdenes de Washington, y de vuelta de su patria, se distinguió contra los rusos, dando pruebas de su valor y pericia militar en la reñida batalla de Dubienka. Nombráronlo generalísimo de los ejércitos nacionales, sus nobles compatriotas, ganosos de oponer al implacable enemigo una espada vencedora; y con esta alta investidura, siguió derrotando á los rusos y prusianos, hasta que herido en la batalla de Maciejowice, fué hecho prisionero y conducido á San Petersburgo.

Fué también un gran ciudadano, hecho á la alta escuela de las libertades públicas; pues si comenzó á amarlas en la esclava Polonia, las vió muy de cerca en las libres repúblicas de América, Suiza y Francia, donde la Asamblea legislativa le otorgó honrosamente carta de ciudadanía.

Pero fué un gran general y un gran ciudadano, porque era, ante todo y sobre todo, un gran patriota: por amor á su patria, fué allende los mares á templar sus armas en el fuego del combate, acostumbrando su brazo al trabajo de la guerra y su genio al heroísmo febril de la victoria; por amor á su patria, arrojó temerario el formidable poder de rusos y prusianos, que fué como entregarse al sacrificio, aunque no antes de haberlos vencido; por amor á su patria, luégo que Pablo I lo puso en libertad, vivió oscuramente en Francia y en Suiza, dando ejemplo de virtudes privadas como simple ciudadano.

Y el fervor de todas sus virtudes, y el móvil de todos sus actos y la razón de su extrañamiento lejos de su patria, el mismo patriotismo.

El patriotismo no es una virtud aislada; es una irradiación de virtudes, toda una moral. Es un amor divino porque tiene la fe y la esperanza; y es un amor humano porque tiene también la caridad, que no es sólo socorrer al mendigo que tiene hambre de pan, sino también al pueblo que tiene hambre y sed de justicia, de derechos, de libertad.

Kosciusko, que era un león en la guerra, no era sino un cordero en la paz: la mansedumbre, la piedad, la beneficencia eran sus armas de paz, tan bien templadas como sus armas de guerra; y todo cuanto lo rodeaba estaba en armonía con él, reflejando sus virtudes. Tenía un asistente ruso, que se hubiera dejado matar por él; pero no más que por él, pues era un veterano que hubiera decapitado á Rusia,

sólo por compasion de Polonia. Y tenía un perro y un caballo, veteranos tambien é intrépidos, pero de pura raza polaca; y aunque irracionales, eran á su modo patriotas y compasivos tambien: el perro no ladraba nunca al que buscaba á su amo hablando en la lengua de Kosciusko, y el caballo no se dejaba montar si no se le hablaba en la lengua de su amo, es decir en la lengua de su patria: no podian hacer más en este concepto. Aunque el caballo no se enorgulleció nunca, si no lo montaba Kosciusko, que entónces tomando arrogancia heroica, le hacia todos los honores de ordenanza, y marchando acompañado, majestuoso y brillante como al són de las marciales trompas

Kosciusko los trataba como si no fueran brutos: les hablaba y lo entendian: su cariño tenía algo de gratitud: el caballo lo habia llevado á la victoria; el perro lo llevaba seguramente á la pieza de caza... á la victoria tambien.

Pero escuchad dos rasgos que los pintan como educados por Kosciusko: son dos rasgos de piedad.

III

El héroe, más bien que la caza, amaba la soledad del campo, el aire de las montañas, la melancolía de los bosques, la grandeza y majestad del cielo abierto, y cazaba, no en grandes y ruidosas partidas: cuatro amigos le bastaban, su perro y su caballo.

Una tarde despues de haber hecho ejercicio, se sentó á comer con sus amigos en el bosque, y tenía un par de perdices delante.

Hablaba de Polonia con sus comensales, que eran todos íntimos, y entró en calor el coloquio.

En esto, apareció á su espalda entre el ramaje, una harapienta niña, harapienta y desgredada; sino que aquellas flotantes greñas eran como rayos de sol en torno de su carita de ángel.

La interesante mendiga no se atrevió á hablar, y medrosica tendió la mano en silencio.

Nadie se aperció de ello, y ménos Kosciusko que estaba vuelto de espaldas, y siguió la cuestion con interés creciente.

El perro gimió tiernamente hasta tres veces, como para llamar la atencion de su amo, que hablando hablando no le hacia caso.

Entónces, con toda la confianza de quien no teme el castigo, tomó bonitamente una de las dos perdices, que tenía su amo delante, y fué paso á paso á ponerlas en la mano de la niña.

Otro día quiso el heroico polaco enviar á un venerable eclesiástico de Soleta un par de botellas de exquisito vino que le habia prometido. Como habia alguna distancia entre la residencia de uno y otro, hubo de aceptar el ofrecimiento de un mozo del país, que se brindó espontáneamente á este servicio, conociendo al general y al eclesiástico. Queriendo, empero, ahorrarle fatiga, le hizo aceptar á su vez para el viaje su caballo; y Zeltner, que así se llamaba el mozo, partió á su comision, aunque de mala gana por parte del caballo, que no admitia ancas, como previamente no se le hablara en la lengua de su amo. Pero su amo le habló ahora, y aún tuvo el estribo para que el mozo lo montara.

Zeltner desempeñó su encargo, y á la vuelta dijo á Kosciusko:

—Mi general, no volveré á montar su caballo, si al mismo tiempo que el caballo no me da V. su bolsillo.

—¿Qué dices, muchacho?

—Ni más ni ménos, mi general.

—Explicate, hombre, explicate.

—Luégo que un pobre, dijo explicándose el mozo, se quita el sombrero en el camino y alarga la mano demandando caridad, párase de repente el caballo, y no hay ya quien le haga seguir, hasta que el pobre ha recibido algo. Pero el conflicto fué, cuando habiendo ya repartido, para que anduviera, las pocas y miserias monedas que llevaba, salieron al camino otros mendigos.

—Y ¿cómo saliste del conflicto? preguntó sonriendo Kosciusko.

—Tuve que apelar á un ardid de guerra, haciendo como que daba limosna á los pobres; pero con la mano vacía.

—Déjmoslo así, contestó el héroe; es ya caballo viejo y no le podríamos quitar ciertos resabios. Pero has de saber, añadió seriamente, que engañar á los pobres no es un ardid de guerra.

—Mi general, mi intencion era sólo engañar al caballo.

—Toma, para que si otra vez lo montas, no lo engañes tampoco á él.

Y el general le dió su bolsillo.



FERNANDA TEDESCA, (distinguida concertista de violin)

EL CAÑON Y EL LIBRO

Picada la honrilla de la clase, lo cual prueba que si son fuertemente duros, sienten exquisitamente los preceptos del honor, hubo una junta de cañones para tratar del curso y fin obtenido en el diálogo *El libro y el cañon*, que la potente voz de esta revista ha dado á los vientos de la publicidad. Todos convinieron en que el curso habia sido vicioso y en que el fin resultó falso: nombraron, pues, un representante para provocar nueva liza, lo cual cumpliendo quien tal mereció, presentóse en la biblioteca, y ante el numeroso concurso que allí habia, despues de atento saludo, que por algo su dios Marte es tambien para muchos el dios de la buena crianza, tomó la palabra y dijo:

—Señores libros: Público el desenfado con que os atribuis la verdadera y única representacion del saber y el desprecio que os inspira la clase á que me honro pertenecer, desprecio que constantemente expresais llamándonos «grandísimos bárbaros, ignorantes, muy brutos, grandísimos zoquetes, gánapiros, animales, zopencos, estúpidos, cobardes y cortesanos,» y que se compagina muy mal con lo tolerante que todos dicen es el sabio, aquí me teneis á mí, buscándoos en vuestro propio domicilio, solo entre tantos como sois, que vengo á deciros en nombre de mis compañeros de todas clases, y como defensores que desde el origen del mundo venimos siendo de la verdad y la justicia, que estamos cansados de oír la eterna defensa del error á que, por lo que debe ser vuestra fatal condicion, parece estais condenados, y hemos creído llegada la hora de sacaros de él. Pido, por lo tanto, competidor con quien discutir.

Largo ruido de murmuraciones se sintieron salir de entre los estantes cuando el cañon cesó de hablar: el competidor, sin embargo de que el tiempo iba pasando, no se presentaba, por cuyo motivo el hijo de Marte volvió á hablar y dijo:—¿Es posible que si no os podeis poner de acuerdo para nombrar representante que sostenga vuestra causa, no haya quien espontáneamente se presente á ello, cuando estais aquí reunidos la flor y nata de las clases, los textos de cuantos conocimientos atañen al saber humano? No importa, porque nosotros no solamente sabemos cumplir nuestro deber, sino que tenemos altísimo celo por él, y no porque no sepais ó no querais discutir, he de dejar de deciros algo de lo mucho que decirse puede en defensa de la noble causa que mis compañeros me han encomendado.

Un hombre de mucho saber, humano y digno cual ninguno y cuyo modo de ser y vivir en nada se relaciona con la profesion militar, ha dicho lo siguiente: «Así como los individuos nada alcanzan, sino por el esfuerzo, por el dolor, por el martirio, nada alcanzan los pueblos sino por la revolucion y por la guerra.» Pues á pesar de esta verdad

profunda, que pone de relieve la santa mision del cañon, son nada las grandes injusticias, nada las grandes ingratitudes que se conocen en el mundo, y cuidado que es fecundo en ellas, comparadas con la ingratitud é injusticia que con nosotros se cometen. Apénas aparece libro con pretensiones de verter buenas ideas y representar alguna dosis de cultura, que no denueste, que no acrimine al infelice cañon llamándole ingrato y bárbaro, cuando el cañon ni es bárbaro ni es ingrato: es todo lo contrario: el cañon es altamente civilizado y civilizador, tanto que si el mundo ha progresado en su civilizacion, ha sido porque el cañon le ha precedido, porque el cañon se le ha impuesto. Si el cañon sólo representase la fuerza bruta ¡desgraciada humanidad!: el rey del mundo no seria el hombre, y aún siéndolo, no seria el hombre civilizado, porque el hombre salvaje tiene mejor constitucion fisica y más desarrollada la fuerza bruta. Siendo, pues, el hombre salvaje más fuerte y en número mucho mayor, ¿cómo, señores libros, se ha sometido al débil y ha violentado todo su modo de ser para identificarse con el modo de ser de aquél? Vosotros que sois tan científicos y tan leídos, no tendreis la ocurrencia de atribuirlo á un milagro: pero no hay que apurarse, que si vosotros no buskais el porque nosotros os lo diremos. Así como Dios impuso su doctrina valiéndose del profeta, así como el profeta la extendió valiéndose de los apóstoles, nosotros hemos impuesto la civilizacion siendo el hombre civilizado lo que el profeta á Dios, lo que los apóstoles al profeta. Nos objetais que hemos defendido tambien ideas bárbaras, causas malas, pero no os fijéis en detalles que no es modo propio y digno de ver las cuestiones: ved el conjunto y decidnos si las intervenciones que nosotros hemos tenido en el mundo, no han dado por resultado lo que hoy de todos es tan admirado: un gran desarrollo de civilizacion.

¡Que hemos derramado mucha sangre! ¿Y qué culpa tenemos nosotros si ha sido necesario? La hemos vertido, sí, pero ha sido de un modo fructuoso: del modo que la vierte el cirujano que, para hacer posible la vida, tiene que cortar un miembro inútil ó podrido. Hemos, pues, impuesto la civilizacion por un conjunto de especialísimas circunstancias con que estamos dotados, ó más bien hablando, que sólo nuestra familia se ha sabido crear. Fuertes para resistir, como lo dice nuestra materia constituyente; poderosos para atacar, como lo dicen nuestros disparos; argumentadores sin igual, como lo dicen nuestras granadas; modelos de laboriosos trabajos para enseñar, como lo dicen las ciencias, artes y oficios que representan nuestro estado; vivo ejemplo de que de la nada se puede llegar á lo mucho, como lo dice nuestro pasado, partícula insignificante, y nuestro presente, arma potentísima; conjunto de inteligencias, síntesis de saber, como lo dicen desde la reunion de las moléculas minerales que han de constituir los elementos de nuestro material hasta nuestra definitiva construccion y acertado uso, ¡quién puede con nosotros! ¡quién á nosotros resiste! ¡quién no se humilla á nosotros!

Y si física é intelectualmente somos tanto, tenemos otra condicion moral que todos nosotros estimamos en lo muchísimo que vale: somos los genuinos y únicos representantes de esa digna cualidad que se llama honor; tanto que sólo un tribunal por nosotros constituido puede y sabe decidir en las cuestiones graves que ocurren al hombre en la vida; lo cual digo porque es muy notorio y viene á refutar de un modo concluyente la acusacion de cobardes y serviles que, aunque parezca increíble, nos ha sido tambien lanzada por un compañero vuestro.

Nosotros no rendimos párias al vencedor, ni nos humillamos á él: nosotros nos sometemos dignamente: vosotros sois los serviles que á todos cantais alabanzas, que de todos pregonais elogios. Si de nuestro metal hacen una columna Vendome, tanto mejor, porque como nosotros no peleamos por un pueril amor propio, nada tan honroso como dar razon á quien la tiene y contribuir á levantar monumentos gloriosos; si vamos á adornar un hospital de inválidos, nos holgamos tambien mucho por el significado que tiene en el fuerte la accion de querer glorificar y dar realce al infeliz mutilado, al patriota insigne que por cumplir su deber hasta la vida desprecia; si hacemos salvas en el cumpleaños de los grandes, ¿qué culpa tenemos nosotros de que la grandeza sea digna de alabanza y se deba pregonar para que sirva de estímulo?

La frente de Washington está ceñida de laureles embriagadores porque los recogió en el campo del patriotismo y embriagadores son tambien los laureles que ciñen las frentes de los ilustres Alejandro, César, y Napoleon por lo mucho que la civilizacion les debe. Más respeto, pues, señores libros, para quien respeto se merece, porque al no guardarlo, en primer lugar contradecís con los hechos

la cultura que quereis ostentar como vuestra condicion esencial, y en segundo lugar podeis formar imitadores que pretendan reducir al de simples copleros los nombres esclarecidos de Homero, Dante y Byron.

Tened tambien más lógica y comprendereis que si en nuestras relaciones hay ingratitud no es del cañon para el libro, como decís, sino del libro para el cañon, pues si vosotros habeis andado, ha sido porque nosotros os hemos abierto camino: con que no nos echeis en cara que somos cañon cuando podiamos ser bombardas, que si nosotros fuéramos bombardas, el librotendria su representacion en la tosca madera encerada y su inutilidad manifiesta en los pesadimos medios que daba para grabar el pensamiento, su fragilidad para guardarlo y su incapacidad para conservarlo.

Si algun dia se levanta vuestro espíritu y conseguís libraros del pecado original... que hoy tanto os incapacita para entenderos, creed que lo celebraremos, ya por amor al bien, ya porque sabiéndoos hacer justicia entre sí, estareis en principio de poder tambien hacerla á los demás. Entre tanto, agur.»

En marcha quiso ponerse el cañon cuando tal dijo, pero fué detenido por la voz de un libro que desde estante

lejano y arrinconado llamó la atencion y habló así: Soy insignificante cual bien lo demuestra mi puesto, pero me atrevo á alzar mi voz para hacer constar que yo guardo preceptos como estos:

«La guerra asusta á los tímidos y á los ignorantes porque no ven en ella más que los destrozos del combate, pero los fuertes y los sabios la tienen en mucho porque es un instrumento de poderosa y rápida civilizacion.»

cañon sea ignorado, sí, es verdad; pero no hablemos en futuro, no hablemos siquiera en presente, hablemos en pretérito, que tal dia llegó y aún seguirá presente mucho tiempo: el cañon es ignorado, entre otros afortunados países, en Africa. Que el cañon llegue á ser curiosidad de museo, eso... eso es una ilusion que resume cuanta inocencia puede haber en el mundo.

MARIANO PRESTAMERO



LA PROMETIDA, dibujo á la pluma por A. Casanova



REPARTO DE PAN EN UN CONVENTO, cuadro por H. Burekhardt

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.